ORACION DE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA,

PARA EL CURSO DE 1851 Á 1852,

PRONUNCIADA

POR EL DOCTOR D. JOSÉ MARIA FERNANDEZ-ESPINO,

catedrático propietario por oposicion de literatura general y española.



IMPRESO DE ORDEN DE LA UNIVERSIDAD.

1851.



Imprenta: Librería española y extrangera
calle de Olavide, números 4 y 5.

ILLMO. SEÑOR.

Colocado el hombre por el Altísimo á la cabeza de la creacion, hecho á su semejanza, provisto de un espíritu pensador y de un deseo vehemente de saber, que desde la infancia se manifiesta por instinto y crece á medida que se desenvuelve su inteligencia, conducido por ese mismo espíritu del conocimiento de los fenómenos de la naturaleza á la nocion de las causas, que lo encumbran hasta el cielo y le acuerdan su noble orígen; arrebató así sus secretos á las ciencias, con las ciencias creó las civilizaciones y con ellas se ostenta digno hijo de la divinidad que le inspiró su aliento soberano.

Las ciencias, pues, surgen de la contemplacion de las maravillas del universo: ellas son el principal fundamento de la religion y de la moral, la base mas segura de la felicidad pública, el reflejo de la sabiduría sin límites del Todo Poderoso.

Fijemos la vista, aunque rápidamente, en los pueblos mas notables de la antigüedad, y nos llenará de placer el imperio bienhechor de Salomon y de David, de Sesóstris, de Pericles, de Augusto y de los Antoninos. Pero veremos con horror á Calígula y Domiciano complacerse en derramar á torrentes sangre humana, y á Genserico y Atila asombrar al mundo con sus rapiñas y devastaciones.

¿Será, tal vez, que á las ciencias estén reservados, como algunos han creido, los vicios y la afeminacion? Sin embargo, los hermosos rasgos de virtud y de heroismo que nos presenta la historia se deben á las naciones civilizadas. Ademas, segun afirma el célebre Virey, entre los bárbaros del mar del sur y del continente americano se mezclan ambos sexos sin distincion de parentescos, y se vanaglorian los padres de corromper á sus propios hijos.

Cierto es que Roma, la señora un tiempo del mundo, sucumbió bajo el poder destructor de los bárbaros del norte, y los doctos griegos bajo el golpe feroz de la cimitarra de los turcos. Pero las ciencias agonizaban en ambos pueblos, la perversidad de las costumbres habia

corrompido á casi todos los corazones, el lujo y la disipacion habian afeminado los espíritus, y los Césares hacian abominable su imperio, no solo por su poder tiránico, sino por las depredaciones escandalosas de sus delegados. Y cuando el cetro de la ley desaparece, reemplaza á la justicia la licencia, á la virtud el vicio, y el egoismo al noble y generoso sentimiento de la gloria.

Las naciones sucumben, cuando se las tiraniza y corrompe; porque perdida ademas su felicidad y la esperanza de alcanzarla con el Gefe que causa sus infortunios, no resisten á la conquista de la cual esperan, tal vez, su salvacion. No: jamás se hallan en un pueblo corrompido y tiranizado, los soldados de las Termópilas, ni los que arrojaron á Breno de la cima del capitolio.

Pero las ciencias tuvieron siempre en todos los pueblos civilizados centros, desde donde han esparcido su luz purísima y benéfica, así como el sol tiende sus rayos sobre la tierra para dar vida á los seres y animacion y concierto á la naturaleza. Esos centros han sido las escuelas: por eso vemos á los pueblos felices y poderosos, cuando existen, y sumidos en la miseria y en la barbarie mas estúpida, cuando no han sentido su influjo divino.

Las escuelas son las que han dado á conocer al hombre su superioridad sobre las demas criaturas, la santidad de la justicia, los arcanos de la naturaleza y del cielo, las maravillas del Universo, todo el poder y grandeza de que Dios le ha dotado, toda la felicidad que puede alcanzarse en esta vida, fundando la sociedad sobre cimientos sólidos é imperecederos. Solo me ocuparé de las escuelas antiguas, por no permitirme mayor espacio la naturaleza de este discurso.

Consideremos la civilizacion índica, orígen de todas las civilizaciones del mundo antiguo, y la veremos derramar su viva luz sobre el Egipto para hacerlo grande y opulento. Consideremosla despues, extinguida ya la antorcha que la mantenia feliz, y la veremos sumirse de repente en la ignorancia, y no encontrar en su abatimiento recursos para librarse de la opresion de sus conquistadores.

Y ¿en donde hallariamos un ejemplo mas digno de los beneficios de las ciencias que en las escuelas de la ciudad de Minerva? Jamas podrán recordarse sin un sentimiento de gratitud y de admiracion. Ellas han legado á las sociedades modernas el inagotable tesoro de todo cuanto hay de grande en la filosofía, en la medicina, en las letras y en las artes; y la legislacion misma les debe la célebre ley de las doce tablas, base del derecho romano.

Puede asegurarse que Sócrates, Platon y Aristóteles han contribuido,

tal vez, mas que Homero, á la fama de la Grecia, y considerados bajo el aspecto moral y filosófico, á ningun otro sábio debe el mundo tan inmensos beneficios. Observemos á Sócrates elevándose á la contemplacion de un solo Dios, afirmándose aun á costa de la vida en su creencia, y practicándo con su modestia apacible una moral purísima.

Examinemos los dogmas fundamentales del racionalismo de Platon y sus admirables investigaciones sobre el bien y la virtud, y examinemos finalmente la teoría del razonamiento y la demostracion en el Órgano de Aristóteles, y apenas podrá admirar nuestro espíritu bastantemente la profundidad de esos hombres extraordinarios y su influencia en la sociedad cristiana. Así, Aténas vencida por los Romanos, mejoró la lengua de ellos, y les inspiró su ingenio, mientras que Esparta pereció para siempre, cuando le faltaron los guerreros que la defendian. Sin las historias de Aténas ignoraría quizás el mundo moderno las del antiguo.

En todos los ámbitos del globo, en que han existido escuelas, las hémos visto producir hombres eminentes que han sido el orgullo y las delicias de los pueblos. Ya se presentan unas veces como mensageros del cielo suavizando las costumbres; ya estableciendo límites para el derecho público y el privado; ya contribuyendo con sus descubrimientos felices á la mejora de nuestra vida material y moral; ya arrancando á las tempestades el rayo con que nos amedrentaban; ya haciéndonos recorrer con una rapidez increible distancias inmensas para mejorar nuestra condicion; ya de otras mil maneras que seria difícil, no diré de referir, sino de enumerar en este recinto.

¡Cuan brillante es siempre el triunfo del saber y del genio! Allá en los tiempos remotos nos admira Homero educado en las escuelas de Esmirna, el cual con sus divinos poemas se presenta como un faro iluminando á los griegos y eternizando en sus cantos la envidiada y bienhechora civilizacion de su tiempo.

¿Qué importó á Milciades y Temístocles que cayeran como una funesta plaga sobre la haz de la Grecia todas las fuerzas de la opulenta y fastuosa Persépolis? Su saber, unido á su aliento sobrehumano, las hicieron desaparecer como el humo, y su número inmenso solo sirvió para cercar de una gloria inmarcesible á tan ilustres capitanes. Esa misma gloria orna las sienes del alumno de Sócrates, gefe y elegante historiador de la retirada de los diez mil.

Filipo, príncipe y muy jóven todavia, recorrió las principales ciudades de la Grecia para estudiar sus costumbres, su administracion, su poder y sus medios de gobierno. En Tebas oyó el consejo del célebre vencedor de Mantinea, alumno de la escuela pitagórica: y en Atenas concurrió á la

de Platon, donde asistia tambien Demóstenes. Allí el príncipe Macedonio, rodeado de la lisonja que acompaña siempre al poderoso, no fijaría, sin duda, los ojos en su mas tarde temible rival, que con su pronunciacion torpe y su voz débil no hacia presagiar entónces el magnífico y funesto porvenir que le preparaba la suerte. Filipo debió á sus estudios el triunfo en Queronea y la conquista de una gran parte de la Grecia; así como su hijo Alejandro, amaestrado con la enseñanza de Aristóteles, postró á sus plantas todo el poder del Asia y del Africa con la celeridad del meteoro. No es extraño, que, en medio de la embriaguez que le causaba la gloria de sus triunfos, escribiera á su maestro que deseaba esceder á todos los hombres en saber, mas bien que en autoridad y en poderío.

Donde quiera que dirijamos nuestras investigaciones, hallaremos ejemplos felices que nos muestren el triunfo del saber y de las ciencias. Bruto II, el varon ilustre á quien el elocuentísimo Tulio dedica su admirable tratado del Orador; Marco Bruto, no ménos erudito en las letras que en la filosofía, y tan célebre por su ingratitud á César, como por su trágico fin, dejaba el estudio para acaudillar los soldados de la pátria, y conducirlos á la victoria. Al sublime estóico, todavia mas acreditado, cuya alma indomable no pudo rendir el domador del mundo entónces conocido; al que despues del sangriento estrago de Farsalia condujo los restos del ejército derrotado al Africa, donde se respiraba aun el áura de la República, y mas tarde clavó en su pecho con sus propias manos la sangrienta espada para no sobrevivir á la muerte de la libertad de Roma; le vieron ántes sus coetáneos cultivar tranquilo las letras y la filosofía, reprimir con severidad los vicios de los Senadores, y ser aplaudido por la belleza y magestad de su elocuencia. ¿Y quien ignora que César, el esclarecido historiador de sus propias hazañas, el orador elegantísimo y el político profundo hizo temblar ante sus águilas vencedoras al mundo entero que le miraba con asombro?

Pero no fueron ménos bellos los triunfos de Ciceron. Si César domó al mundo y sujetó á Roma, Ciceron la salvó con su voz elocuente y poderosa de la rabia de Catilina y sus secuaces. Y despues, ¡cuántos conocimientos importantes no ha suministrado á la posteridad con sus obras inmortales! El que prefiera la superioridad del talento á una gran fuerza de alma, jamas será severo con Ciceron. Verá en él un buen ciudadano y un hombre virtuoso, cuyo corazon se abria fácilmente á todos los sentimientos mas puros y nobles. Siempre le admiramos como escritor, y le amamos por sus máximas llenas de saber, de urbanidad y de filosofía. Tantas cualidades estimables, unidas á la variedad y número de sus obras, le han dado el primer lugar en el mundo literario.

Resérvese para Ciceron la gloria de ser el modelo de la elocuencia romana, el expositor mas sábio de las ciencias morales y políticas y el consejero de cuantos aman la virtud. A tí, tierno Virgilio, toca el dominio de los corazones. Tú los mueves y postras, cuando sucumbe, herido de la cólera celeste, el mas útil de los animales, y separándose de él dolorosamente su compañero de trabajo, queda la reja enclavada en el suelo: tú, si describes la horfandad de Orfeo, el poderoso influjo de su música, que ablandó al rey del Tártaro, y su dolor inextinguible al perder para siempre la prenda amada en el momento mismo en que parecia haberla recobrado. La infelicísima Dido destroza mi alma, cuando abandonada de su amante, prepara la pira, y muere víctima de su pasion entre acerbos tormentos. Aun resuenan en nuestros oidos los clamores de Laocoonte, el llanto de la desconsolada madre de Eurialo y las tiernas quejas del anciano Evandro. En medio de tantos sentimientos que honran al poeta, sobresalen otros que perpetuan las glorias de Roma; porque dejando á los demas los premios de la fortuna, deseaba el piadoso fundador de aquel estado que se aprendiesen de él la virtud y la constancia en el propio trabajo. Sean de los Griegos el láuro de la poesía y de la elocuencia, y el ramo de la sabiduría; pero recuerde el Romano que á él solo pertenece el imperio del mundo, y que sus artes son dictar las condiciones de la paz, conceder el perdon á los pueblos rendidos y combatir á los orgullosos. Tal y tan vehemente es en Virgilio el amor de la patria.

Quedaba, no obstante, para Horacio el mérito de igualar á Pindaro en la lírica, pulir la sátira, correr por el nuevo camino de la oda filosófica, y dar en su poética el mas bello y admirable dechado de los preceptos del arte. El vate de Venusa es como un Proteo: ya surca la region etérea con el vuelo del águila: ya con ménos elevacion adorna maravillosamente las reglas severas de la moral: ora, como la abeja, se recrea libando las flores, ora festivo, cual el de Teyo, goza el placer y ahuyenta los cuidados: bien jocoso y punzante escarnece al vicio, bien culto, cortesano, amable y siempre facundo entretiene delicada y graciosamente á Octavio y Mecenas. Tambien en el mismo siglo de Augusto ofreció Tito-Livio en la pintura feliz de los personajes de su historia, en las narraciones dramáticas y en la armonía y elegancia de su estilo seductor, un cuadro completo de la grandeza de Roma en tiempo de la república. Así como Tácito, en tiempo de los Antoninos, nos dá á conocer en sus cláusulas concisas y sentenciosas, y con una energía inimitable en la expresion, los infortunios de Roma en tiempo de Tiberio. Bajo su pluma es Roma la esclava de un tirano abominable; bajo la de Tito-Livio es la señora del Universo.

He manifestado que muerta la república, y ya en el bajo imperio, habian sucedido á las hermosas épocas de la gloria romana, la codicia, el lujo desenfrenado, los sentimientos y los placeres mas vergonzosos. La religion estaba olvidada, las leyes escarnecidas; fuera de Roma no se veia mas que la rapacidad de los procónsules, dentro nada mas que la disolucion y la tiranía de los emperadores. ¡Quien lo diría! Aquella orgullosa república habia perdido la memoria y el sentimiento del honor y la fama. Sus matronas, segun el testimonio de Juvenal, de aquel poeta filósofo inspirado por la indignacion, no justificaban su crédito con haber dado á luz los héroes, mas se distinguian por sus torpezas abominables y gustos depravados: á la honra de servir la pátria en la magistratura y en los ejércitos substituian los nobles la vana ostentacion de las genealogías y de las carcomidas imágenes de sus mayores: saciada de placeres, buscaba la juventud su recreo en la mas inaudita y espantosa relajacion de costumbres. Así, eran señores de Roma los que á su costa daban espectáculos en el circo: un signo horrible de ellos bastaba para que el pueblo no se contentase hasta que perecian los miserables gladiadores. Desde el alto asiento de su dominacion descendian á cuidar de los que trabajaban en las cloacas y estercoleras, cuya limpia habian sin mengua tomado por asiento. Y á la verdad no podia parecerles ménos decoroso el nombre de asentistas, así porque en estos tratos habian enriquecido y sobrepuéstose á las mas distinguidas familias, como porque conseguian de ese modo el olvido de haber sido ántes músicos ó hambrientos parásitos en los circos de los municipios.

Pero una voz salida del fondo de la Judea anunció á los hombres su salvacion. «Yo doi, les dijo, libertad á los esclavos: yo sustituyo la caridad al egoismo: yo instituyo la ley de la fraternidad y daré al virtuoso en la otra vida la dicha sempiterna.»

Esta promesa sublíme de Jesucristo que estableció desde luego una reaccion benéfica hácia el bien, fué sostenida por los apóstoles y confirmada con la muerte y los tormentos por los mártires.

La libertad moral que no puede perecer nunca; pero que estaba ahogada por la disipacion y el envilecimiento de los corazones, halló un asilo en los Padres de la Iglesia, en su sabiduría, en la dignidad de su carácter, en la dulzura y firmeza de su espíritu, y en su palabra adornada con todos los encantos de la mas alta elocuencia. Es verdad que la religion cristiana no necesitaba para su propagacion mas que la voluntad omnipotente de su fundador divino; pero no deben desconocerse los auxilios que recibió de la filosofía de algunas escuelas griegas. Los primeros Padres de la Iglesia pertenecieron á la de Alejandría: y San Justino mártir afir-

maba que el Verbo se habia revelado, ántes de su encarnacion, á los sábios del paganismo. Cousin afirma en su compendio de la historia de la filosofía de Tenneman que la filosofía griega fué empleada en favor de las doctrinas cristianas: que despues se aplicó á la refutacion de las heregías; y que se la hizo servir para desenvolver y propagar con precision la enseñanza de la Iglesia, con especialidad en los puntos relativos á la fé.

Los Santos Padres, alumnos de las escuelas de Alejandría y de Aténas, y los de la iglesia de Occidente, de algunos de los cuales me propongo hablar con detenimiento, por razones que esplicaré mas adelante, encontraron el edificio social casi reducido á escombros; y no solo fueron columnas poderosas que sostuvieron aquellas tristes y magníficas ruinas, sino que de aquel desórden sacaron una sociedad lozana y vigorosa, mas justa, mas moral y mas perfecta que la antigua. Su palabra ardiente y vigorosa proclamaba las doctrinas del Salvador del mundo; y esas doctrinas iluminaban el espíritu y purificaban todos los sentimientos.

¿Como explicar de otro modo aquel amor, aquella veneracion profunda, aquel mágico entusiasmo que producia su presencia en todas partes. Así les vemos ejercer á veces un influjo superior al de los emperadores: así San Atanasio, formado en la escuela de Alejandría, á la sombra venerada del grande Orígenes, cuando volvió á su silla patriarcal, despues de un destierro de seis años, fué recibido con un júbilo inefable. El pueblo salió fuera de las murallas á recibirle; las orillas del Nilo se coronaron de espectadores: el rio se cubrió de mil barcas; y las altas torres del Museo brillaban con innumerables antorchas. Su profunda inteligencia, su santidad y sabiduría sirvieron á la religion cristiana mas que todo el poder de Constantino. Oponia á los ateos y politeistas una razon muy sencilla. «La existencia de Dios, decia, se prueba con la existencia de la creacion; y la existencia de un solo Dios se descubre en la unidad del mundo y en la armonia que existe entre todas las criaturas. La creacion es semejante á un escrito que revela claramente su autor, ó como un edificio admirable que anuncia la elevacion y la inteligencia de quien lo ha dirigido.» (1)

Su vida fué un combate contínuo en medio de las querellas religiosas. Desterrado por Constantino, proscrito por Constancio, perseguido por Juliano y amenazado por Valente, jamás desmayó su grande alma; y á pesar de tantos enemigos y envidiosos de su gloria, murió en su silla patriarcal, de la que tantas veces se le habia arrojado. (2)

(1) Sancti Athanasii, opera.
(2) Villemain.

Aténas era todavia en aquella época la lumbrera de la Grecia y el centro de la filosofía, de las letras y las artes en ambos imperios. Llena de una juventud estudiosa, ardiente, y apasionada de la poesia, reunia en sus escuelas, confundidos y sin saberlo, los defensores mas poderosos del cristianismo y del ateismo y de otras sectas religiosas. En el mismo pórtico de Aténas y al lado de los Basilios, los Gregorios Nazianzenos y los Crisóstomos, y rival literario de ellos, paseaba silencioso un jóven con la mirada ardiente y altiva, la cabeza inclinada ligeramente hácia el pecho y la fisonomía espresiva y desdeñosa. Llevaba sobre sus hombros el manto filosófico, y la multitud de condiscípulos que le seguía, anunciaba su fortuna y la diadema imperial que le guardaba el destino. Este jóven era Juliano el Apóstata que, para calmar los recelos que tenia Constancio de su ambicion, habia ido á Aténas á estudiar en el santuario de las letras, y habia tomado el título de lector en una iglesia. Pero su pasion por Homero formaba la esperanza de los griegos que no se habian separado del politeismo.—No se engañaron con efecto; y ya en la cumbre del poder, con su talento elevado y con su amor al estudio comprendia que, esclareciendo las ciencias el espíritu, llevaban mas fácilmente al hombre al conocimiento de las doctrinas católicas. Juzgaba, por tanto, que se debilitaría el cristianismo prohibiéndole el estudio de la filosofía y las letras que contribuian poderosamente á su propagacion.

«A nosotros, decia, pertenece la elocuencia y la lengua griega, porque nosotros solos sabemos honrar los dioses. Vuestro patrimonio es la ignorancia y la falta de cultura; y toda vuestra sabiduría consiste en decir *creed, aunque no me hayais comprendido.*

Esta prohibicion injustísima fué vituperada hasta por los gentiles. Los oradores cristianos no se intimidaron por eso, y nunca se habian empeñado con mas ardor en el estudio de las ciencias profanas Yo os abandono, escribia San Gregorio Nazianzeno á Juliano, el nacimiento, la gloria y todos los bienes de la tierra, cuyo encanto se desvanece como un sueño: pero no me separaré de las ciencias, y doi por bien empleado los trabajos y los viajes que he emprendido por tierra ó por mar para adquirirlas.» (1)

Así luchaban sin descanso y despreciando las persecuciones, con el mas terrible de los enemigos del cristianismo, hasta que la flecha de un Persa, atravesándole el corazon, vino á librar á la iglesia de un tirano tan inexorable.

Los Santos Padres, condiscípulos de Juliano, recurrian en sus discursos á todas las inspiraciones que pueden hacer invencible la elocuencia.

(1) Gregorii Nazianzeni, adversus Julianum.

Su lenguaje, dulce y brillante como el de Lisias, expresa con una gracia inexplicable todas las máximas de la fé cristiana; y aunque carece del aticismo y de la primitiva sencillez griega, por la tinta oriental con que está adornado, es siempre puro y armonioso.—S. Basilio, S. Gregorio Nazianzeno, y sobre todo S. Juan Crisóstomo, fueron los principales modelos de la iglesia de oriente, de los que consagraron su vida á la enseñanza del pueblo. La religion en sus lábios carece del ardor de controversia, en que se consumía el celo religioso de S. Atanasio; y se ocupaban mas bien que del dogma, de la reforma de las costumbres, de la moral cristiana y del consuelo de los afligidos.

S. Basilio se disgustó pronto del mundo y se retiró á la soledad en su risueña Tebaida, como él la llama en una carta dirigida á S. Gregorio, invitándole á que abandonára la sociedad y fuera á hacerle compañia en el desierto.

«Mi hermano, le dice, me ha escrito que deseabas hace mucho tiempo reunirte á nosotros, añadiéndome que tu resolucion era segura; pero lo dudaba despues de tantas vanas promesas. Habiendo perdido la esperanza, ó mejor dicho, los sueños que habia formado sobre tí (porque estoi conforme con la opinion del que dice que la esperanza es el sueño del hombre que está despierto) he venido al Ponto para buscar la vida que necesitaba. Dios me ha proporcionado un asilo conforme á mis inclinaciones. Aquello que tantas veces nos habíamos complacido en figurarnos y desear se ha realizado ya para mí. Aquí he hallado una montaña rodeada de un espeso bosque y regada al norte por frescos y limpios manantiales: estiéndese á sus pies una vega fertilizada contínuamente por las aguas que de las alturas se desprenden: el bosque que la rodea con árboles de todas clases, nacidos á la ventura, le sirve, por decirlo así, de muro y de defensa. La isla de Calipso seria poco en comparacion de este paisage, aun cuando Homero la haya creido superior á todas las demas por su hermosura.»

Por no ser demasiado difuso no me he atrevido á insertar íntegra esta deliciosa pintura, que revela la tranquilidad de alma y apacibilidad de carácter, y el gusto por la poesia profana del fundador de la regla religiosa mas sábia, tal vez, de todas las instituciones monásticas.

Muerto Eusebio, fué escogido para sucederle en la dignidad de Metropolitano de Cesarea que desempeñó por espacio de veinte años, y en la que fué un modelo de prelados, el padre del pueblo y el consuelo de los desgraciados. Solo poseia una túnica; su único alimento consistía en pan y legumbres, y empleaba sus ricos tesoros en los pobres, en escuelas y en el embellecimiento de Cesarea. En sus homilias lanza rayos contra la avaricia, contra la envidia y contra el abuso de las riquezas: y su uncion evan-

gélica es irresistible cuando habla en favor de la limosna. En aquella sociedad en que el lujo y los deleites habian sumido las almas en el vicio y el egoismo, tenia necesidad la elocuencia de herir la imaginacion con rasgos fuertes y atractivos para despertar los sentimientos de la virtud, de la justicia y la beneficencia, amortiguados en casi todos los corazones.

«El rico, escribe, debe ser en la tierra, por decirlo así, el procurador de los pobres y el dispensador de los dones de la providencia. (1)

Pero donde aparece su oratoria mas imponente y severa es en los hermosos cuadros sobre la brevedad de la vida, sobre la nada de los bienes terrenales, sobre la rapidéz y el engaño de los placeres. Mas aunque aterra, como á veces la musa hebráica, no quita á los que le escuchan la esperanza, y mezcla con la atricion un sentimiento dulce y tierno, no solo para convertirlos, sino para derramar sobre ellos el bálsamo del consuelo.

En la lengua poética del Pastor de Césarea todos los pensamientos se convierten en imágenes. Así, al hablar de la brevedad de la vida, dice. «Como los que duermen en un navio son arrastrados hácia el puerto, y sin saberlo conducidos al término de su carrera, así en la rapidez de nuestra vida somos arrastrados por un movimiento insensible y contínuo á nuestro último suspiro. Duermes y el tiempo se te escapa: velas y meditas, y no pasa ménos ligera la vida. De tal manera es, que ni sus placeres ni sus penas son durables.»

San Gregorio era, como su amigo San Basilio, partidario celoso de las doctrinas de San Atanasio, y participó tambien de muchas de sus persecuciones. Su elocuencia que fascinaba á la multitud, y su saber profundo le dieron la silla patriarcal de Constantinopla, á la cual renunció, al poco tiempo de servirla, para huir de sus encarnizados enemigos y de sus émulos. Ántes de retirarse reunió al pueblo y al Concilio en la Iglesia de Santa Sofía y anunció en su último discurso las causas de su resolucion. Jamas se habia oido su palabra en una ocasion tan solemne, ni habia parecido tan elevado su génio, ni su elocuencia tan apasiónada y melancólica.

Así responde á la acusacion que se le hacia, de no vivir con el fáusto correspondiente á un patriarca. «No sabia yo que debiera igualar en lujo y magnificencia á los cónsules y los generales de las armadas. Si estas son mis faltas, me es imposible remediarlas. Nombrad otro que agrade á la multitud y concededme á mí el reposo de los campos.» Ántes de concluir saluda todos los lugares mas gratos á su alma, á quienes mira por última vez y termina con una brillante peroracion su discurso, acaso, el mas elocuente de su vida. El templo resonaba con los sollozos y lamentos de

(1) Sancti Basili, opera.

los fieles, y todos derramaban abundantes lágrimas, porque espiraba para ellos aquella voz divina que les consolaba en sus aflicciones, les habia abierto el cielo y les habia guiado por el camino de la virtud.

En seguida marchó á Cesárea para orar sobre el sepulcro de San Basilio, su amigo querido, que acababa de morir: y con el alma llena de amargura partió para Arrienzo, pequeño pueblo en que habia nacido y donde terminó sus dias, lejos de la agitacion y el vértigo de las sociedades.

El génio poético de San Gregorio es muy parecido á su elocuencia. En sus poesias hay una mezcla de pensamientos abstractos y de emociones profundas que revelan sus altos conocimientos teológicos y la amargura desgarradora con que los desengaños habian atormentado su corazon. Sus elogios fúnebres, como dice Villemain, son verdaderos himnos y sus invectivas contra Juliano tienen algo parecido á la maldicion de los profetas. Se le ha llamado el teólogo de Oriente: tambien debería apellidársele el poeta del cristianísmo oriental.

Sin embargo, solo leyendo á San Juan Crisóstomo se encuentra la reunion de todas las cualidades oratorias llevadas á la perfeccion. La naturalidad, la abundancia, la fuerza, la brillantez y la magestad sublime le han dado, con justicia, el título del orador mas notable de la Iglesia primitiva. El pensamiento se abisma ánte sus obras admirables, ánte sus luchas y padecimientos y ánte el ardor y sublimidad de su génio.

La fama de su elocuencia se esparció por todo el Oriente; los mismos sofistas paganos venian desde lejos para escucharle, y cada dia daba nuevos partidarios al cristianísmo, entre la gente ilustrada de la Grecia y entre los filósofos. Él interpretaba la Escritura santa con la viveza de imaginacion y el gusto alegórico que tanto agradaba á los orientales: él exponia con una elocuencia, digna del Pórtico y del Evangelio, los deberes de la moral y atacaba los vicios de Antioquía: él la salvó con el poder de su elocuencia de la cólera del emperador Teodosio: él corrigió en fin las profanaciones, los abusos y el lujo fastuoso, contrarios á la santidad y pureza del cristianísmo.

Ningun moralista, ningun orador moderno de la cátedra cristiana le ha igualado en la expresion persuasiva y en la inagotable abundancia de pensamientos. Nadie ha comprendido mejor la igualdad social, predicada en la ley de Cristo, por medio de la caridad, ni ha sabido interesar al hombre tanto con la descripcion de las miserias de los desgraciados, para conmover su corazon, escitándolos á la virtud y á la beneficencia.

«Un hombre caritativo, decia, es como un puerto abierto á los desgraciados, que debe acoger á todos. La tierra recibe los náufragos, sean buenos ó malos, cualesquiera que sean sus faltas y sus peligros. Lo mismo

debeis hacer vosotros con esos náufragos de la fortuna, que son perseguidos en el suelo por la desgracia.

. . . .

Cuando se ofrece á nosotros con la recomendacion de sus infortunios, no le preguntemos nada. Socorriéndole, hacemos bien á un hermano y no al mérito de sus acciones: su miseria, y no su virtud, es la que debe interesarnos: así atraeremos sobre nosotros la misericordia del Señor.

. . . .

Si le hacemos dar cuenta de su vida, Dios nos la pedirá de la nuestra. Porque el Evangelio dice, *sereis juzgados, como juzgueis á vuestros semejantes.*» (1)

San Juan Crisóstomo se habia atraido la admiracion de todo el imperio y fué designado para ocupar la silla patriarcal de Constantinopla, vacante entónces, que aceptó no sin grande resistencia. En la córte vió aumentados los abusos que habia procurado corregir en Antioquía, y le asombró el lujo deslumbrador del débil Arcadio y de los poderosos que le rodeaban. Por eso nadie ha hecho una descripcion mas fuerte de los vicios y de la corrupcion que gangrenaban entónces á Constantinopla.

Poco tiempo despues el ministro Eutropio, favorito de Arcadio y perseguidor de los cristianos, fué arrojado del mando y proscrito por el emperador para complacer á Ganias, general godo que estaba á su servicio. Al verle el pueblo inerme, le persigue con furia; y Eutropio no encuentra mas asilo que Santa Sofía. Entra despavorido en el templo, sube las gradas del altar y se ase á él temblando. Corre el pueblo tras él y penetra en el sagrado asilo para sacarlo de allí y darle muerte. Pero llega al rumor San Juan Crisóstomo y su presencia augusta detiene á los amotinados. Sube al púlpito y pronuncia uno de los mas bellos discursos de que puede envanecerse la elocuencia sagrada.

Al comenzar por estas solemnes palabras *vanidad de vanidades, todo no es mas que vanidad*, que resonaron en las bóvedas del templo, como pronunciadas por el mismo Dios, el pueblo quedó mudo al ver realizada en Eutropio esta triste sentencia, y la compasion comenzó poco despues á brotar en llanto por sus ojos. Terminado el discurso, se convirtieron todos los fieles en defensores del favorito caido.

Pero vencedor Gainas en su primer empeño, pidió las cabezas de otros grandes dignatarios del imperio, y tal era el envilecimiento de la córte Bizantina, que fueron conducidas las víctimas al campo del bárbaro. San Juan Crisóstomo imploró el perdon de ellas y alcanzó su vida y su libertad.

Tantas virtudes y tanta grandeza de alma le atrageron muchos enemi-

(1) Sancti Chrysostomi Opera.

gos en sus émulos, en los cortesanos, en algunas ricas matronas ofendidas por sus censuras, hasta en la emperatriz Eudoxia; y se conjuraron para perderle. Entre tanto decia en el púlpito con el valor del héroe y la tranquilidad del justo. «¿Qué puedo temer? ¿la muerte? Vosotros sabeis que Dios es mi vida y que ganaria mucho en morir. ¿El destierro? En toda la extension de la tierra está el Señor. ¿La pérdida de bienes? Ningunos hemos traido al mundo, y ningunos nos llevaremos. Así todas las amenazas son despreciables á mis ojos. . . . .
Aun existen restos de la raza de Jezabel; pero la gracia combate por Elías. Herodías pide otra vez la cabeza de Juan y danza por conseguirla.»

En esta elocuente invectiva se creyó que aludia á la emperatriz, y el concilio, fundado en esta sospecha, pronunció solemnemente la deposicion del patriarca. Pero los cristianos ortodoxos y el pueblo arrojaron gritos de dolor y llevaron sus quejas á Arcadio. Eudoxia espantada del odio del pueblo y de un temblor de tierra, apresuró la reposicion del prelado. Su vuelta fué una fiesta pública y un triunfo como el de S. Atanasio.

Sin embargo, la emperatriz, los cortesanos y las damas de palacio no podian disimular su derrota, y una homilia de S. Juan Crisóstomo, en que censuró de paganas las ceremonias de una festividad dedicada á la emperatriz para consolar su orgullo ofendido, hizo estallar segunda vez su odio. Desterrado el patriarca cerca del monte Tauro, siguió en correspondencia con todas las partes del mundo en que se reverenciaba la cruz del Salvador. Pero ofendidos sus adversarios del poder que conservaba, quisieron arrojarle cerca del Ponto Euxino: y obligándole los soldados que le conducian, á hacer largas marchas con la cabeza desnuda por un clíma abrasador, el venerable anciano, extenuado ya por las vigilias y por la austeridad de su vida pereció sin terminar un viaje tan penoso.

En S. Juan Crisóstomo la vida del reformador severo y del mártir explican la del orador. Ningun obispo ha cumplido mejor en su sagrado ministerio y en la palabra evangélica. Su autoridad suave en Antioquia, sus combates en medio de las intrigas y las persecuciones de Bizancio, y su tranquilidad en el destierro corresponden á los diversos caracteres de su elocuencia. Sus exhortaciones sobre la limosna y sus consejos sobre la moral se presentan con frecuencia en sus labios adornados con la mas rica y encantadora poesía.

Los triunfos de la elocuencia fueron mas notables en Oriente que en Occidente, porque el genio libre y atrevido de los orientales producirá mil sectas extravagantes, hijas sin duda de su imaginacion ligera y tal vez supersticiosa. La iglesia de Occidente, por el contrario, aunque ménos ingeniosa, pero desconfiando por carácter de las sutilezas metafísicas, no necesitaba una

elocuencia tan vehemente para sostener intacta la fé de Jesucristo. Sin embargo, tambien las vidas de S. Ambrosio y de S. Agustin fueron un combate contínuo, en que los sostuvo siempre triunfantes su valor, su sabiduría, sus virtudes y su palabra irresistible.

La voz de S. Ambrosio era débil; pero admiraba la belleza de su ingenioso lenguaje y la fuerza de lógica de sus raciocinios. Hombre de estado ántes de consagrarse á la Iglesia, adquirió tanta gloria en la política como en la religion. Así, á la noticia de que Máximo habia resuelto pasar los Alpes para invadir el Occidente, vemos á la emperatriz Justina espantada y no confiando mas que en el celo de S. Ambrosio que, trasladado al campo del guerrero invasor, le detiene con su palabra y con la veneracion que le inspiraba. Así, le vemos resistirse al mandato de la emperatriz que, olvidada de sus servicios, le mandó que cediese á los Arrianos la basílica Porcia. Esta contestacion sostenida por la fuerza con el apoyo de los cristianos, demostró á Justina que la religion católica habia echado ya raices indestructibles y que no exsistía en la tierra un poder bastante fuerte para vencerla.

Pero ningun suceso se presentó durante su vida, en que manifestára mas su valor y su fé ardiente por la religion. Tesalónica habia seguido las armas de Máximo: mas vencido por el emperador Teodosio, corrió el arzobispo de Milan á su palacio para implorar clemencia en favor de los moradores. Retiróse casi seguro del perdon, y poco despues supo que habian sido pasados á cuchillo siete mil habitantes de Tesalónica por mandato del mismo emperador. Lleno entónces de amargura, no quiso verle mas y le escribió con tanta moderacion como entereza, que su presencia sería un sacrilegio en la casa de Dios sin haber pedido el perdon de su culpa.

«Se ha cometido, le dijo, un atentado en Tesalónica sin ejemplo en la historia. No me ha sido posible impedirlo; pero os habia dicho ántes que seria horrible: y vos pensábais de la misma manera, cuando hicísteis esfuerzos tardíos para revocar vuestras primeras órdenes. Desde el momento en que se supo se reunió un sínodo de obispos galos. Ninguno ha sabido esta triste noticia con sangre fria; ninguno ha dejado de llorar. En la comunion de Ambrosio no hallareis una persona que justifique vuestra accion... No tengo contra vos odio alguno: pero me asalta un grave temor: yo no me atreveria á ofrecer el sacrificio divino, si asistieseis á él. La sangre de un hombre solo vertida injustamente me lo prohibiría: ¿qué no hará la sangre de tantas víctimas inocentes?» (1)

Teodosio sin embargo quiso entrar en la iglesia de Milan; y San Ambrosio le salió al encuentro y le detuvo en el umbral. Es verdad que la ambi-

(1) Sancti Ambrosii opera.

cion ú otras miras han abusado de este ejemplo; mas si tenemos presente aquella época en que la soberanía despótica no obraba mas que por la fuerza de la espada, bendeciremos la accion del virtuoso arzobispo, cuya voz se elevaba libre é independiente enmedio del abatimiento en que se hallaba el orbe romano.

En tanto un hombre extraordinario asombraba al mundo desde el África con su sabiduría inmensa. Teología, Metafísica, Historia, antigüedades, ciencia de las costumbres, la belleza y las ártes: todo lo abarcaba su inteligencia sublime y en todos los ramos dejó muestras brillantes de la grandeza de su génio. Este hombre extraordinario era San Agustin.

¿Mas como adquirió en el África tan prodigiosa erudicion? Pero Cartago era entónces en la riqueza y en las ciencias rival de Alejandría. Allí se enseñaba en escuelas numerosas la elocuencia y la filosofía, y se aplaudian con entusiasmo las comedias de Pláuto y de Terencio. En el siglo segundo se apellidaba á Cartago la *musa del África*, y el ingenioso Apuleyo disertaba delante de aquel pueblo, ávido de ciencia, sobre las fábulas y la literatura de los griegos. Un siglo despues contaba la religion cristiana en África mas de doscientos obispos.

San Agustin conoció á Platon en traducciones latinas, el cual imprimió á su espíritu un vuelo mas elevado, determinó su fé á la creencia de la Trinidad, le condujo al estudio de la Escritura y sobre todo al de las obras de San Pablo. Convertido á la religion cristiana, quiso recibir el bautismo de San Ambrosio. Vuelto á su pátria, se consagró á la vida monástica, y los conventos se multiplicaron en África. Hipona era entónces un palenque escolástico en donde los maniqueos sostenian sus controversias con el célebre obispo. Los donatistas, mas numerosos y mas violentos, y divididos en dos bandos, ensangrentaron con frecuencia el África en sus disputas.

San Agustin pasó la mayor parte de su vida en combatir la doctrina de los donatistas; y aunque invocó alguna vez contra ellos los edictos imperiales, cuando cometian asesinatos, se opone sin embargo á la pena de muerte, y así se lo manifiesta al tribuno Marcelino en un escrito,

«No pretendo impedir que se prive á los hombres culpables de los medios de hacer daño: deseo únicamente que sin quitarles la vida, ni mutilarlos, sean vigilados por las leyes, y luego que vuelvan de sus furiosos extravios á la calma del buen sentido, se les ocupe en trabajos útiles.» ¿Quien no vé en estas palabras el sistema penitenciario de algunas naciones de la actual civilizacion, de que se juzgan inventores los pueblos modernos?

Mientras que en ambos imperios estaban embriagados en las contiendas religiosas, y los restos del arrianísmo agitaban las Galias, y los donatistas circoncilianos se entregaban en África á los crímenes, el imperio de

occidente agonizaba con la destruccion de Roma, los francos destruian las fronteras de las Galias, y los vándalos asolaban la España.

Destituido el conde Bonifacio, gobernador de África del mando de esta provincia por suponérsele en connivencia con los vándalos, tomó las armas contra Roma y les llamó en su socorro para defenderse de la cólera del emperador. Llegan á la Mauritania, y todos los pueblos se rinden á sus armas victoriosas. Entónces San Agustin solo vió la salvacion de África en hacer desistir á Bonifacio de su abominable empeño. Despues de hablarle de su apostasía, combate su resentimiento contra los ministros del imperio, y no opone á su cólera principios de deber y de lealtad, sino el perdon de las injurias, predicado por el Evangelio.

«No seas, le añade, uno de los azotes con los cuales aflije Dios á los hombres que quiere castigar. Piensa que guarda penas eternas para esos malvados que emplea para castigar á otros con penas temporales. Vuelve tu corazon á Dios; contempla á Jesucristo que ha hecho tanto bien y sufrió muchos males. Todos los que quieren formar parte de su reino, aman á sus enemigos, hacen bien á los que le aborrecen y ruegan por los que le persiguen. Si tu has recibido beneficios del imperio romano, aunque terrestres y perecederos, porque no puede dar mas que lo que tiene, no le devuelvas el mal por el bien: si al contrario has recibido grandes agravios, no le devuelvas mal por mal. No quiero examinar cual de las dos suposiciones sea verdadera; no las puedo juzgar, pero yo hablo á un cristiano y le digo: *(no devuelvas mal por el bien, ni mal por el mal.)*»

Estas únicas ideas eran las que podian obrar mas poderosamente sobre el alma de Bonifacio, que convencido y aterrado, rompió su culpable alianza, entró en la obediencia y volvió las huestes contra los vándalos. Mas ya era tarde. Animados estos por el odio religioso que servia de pretesto á sus rapiñas y crueldades, destruyeron las principales ciudades de la costa, escepto Cirto, Hipona y Cartago.

En aquel espantoso cataclismo daba á todos S. Agustin egemplos de valor y de caridad. Una de sus cartas, dirigida á los sacerdotes que le consultaban sobre si les seria permitido abandonar sus diócesis á la aproximacion del enemigo, da, mejor que la historia misma, una idea de las calamidades que sufria el Africa.

«Es forzoso, les contesta, que se hallen todos en sus puestos en los últimos momentos de peligro, en que la multitud se acoge á la Iglesia, y los unos demandan el bautismo, los otros el sacramento de la penitencia, y todos el consuelo y los socorros espirituales.»

S. Agustin realizó en sí propio el consejo que habia dado á los sacerdotes, y rehusó abandonar á Hipona sitiada por los bárbaros. Encer-

rado allí á la edad de sesenta y siete años, y ocupado todavia su espíritu en las controversias sobre la predestinacion y la gracia, prodigaba su asistencia á los combatientes y á los heridos, á quienes animaba con la fé. Su nombre era venerado aun de los mismos vándalos, que atacaban por esa causa con poca fuerza los muros de la ciudad, defendidos por la presencia imponente del santo prelado, y poco despues sin apoyo por su muerte. Al fin de tres meses espiró lleno de inquietudes; con el corazon lacerado por los males que sufria su pátria y con los ojos fijos en aquella ciudad celestial, objeto constante de su amor y de sus desvelos.

Me he detenido de intento, como habia anunciado, en el siglo IV de la Iglesia mas que en ningun otro periodo de la historia, para dar á conocer, aunque á rasgos y muy en compendio, algunos de sus defensores mas eminentes, desconocidos por muchos, deprimido su saber y su mérito literario por otros y considerados hasta por muchos de sus admiradores solo como el depósito sagrado de la religion cristiana. Al leer esos expositores, se creerá que el órden religioso, el civil y el político estaban tan asegurados en el siglo IV como en nuestros tiempos, y que la vida de los Santos Padres fué tranquila y pacífica como la de nuestros célebres Avila y Granada.

Pero en realidad ¡cuanta diferencia! ¡cuanta agitacion y actividad en sus espíritus! ¡cuántos combates metafísicos y teológicos con los mas altos poderes del Estado! ¡y cuantas persecuciones y padecimientos! Los escritos de los Santos Padres nos enseñan, mejor que la historia, sus controversias, sus luchas ardientes, los progresos de la religion y de una larga revolucion moral, el abandono lento de las antiguas costumbres, la influencia de las letras aumentando la del cristianismo y formando con sus doctrinas una civilizacion separada, por decirlo así, del imperio romano, que recogieron las iglesias.

Los Santos Padres fueron los primeros hombres de su tiempo, porque eran tambien superiores en fuerza de alma, en saber, en fé y en genio á sus contemporáneos. Eran ademas los defensores ardientes de una religion sublime que hace de los hombres hermanos, eleva al cielo nuestro espíritu. Su elocuencia penetra en el fondo de nuestra alma, adivina sus mas íntimos pensamientos y sus mas vagos deseos; y es mas insinuante y poderosa que las arengas de los oradores profanos, sin duda porque la causa de la humanidad con relacion á su criador, es mas interesante que la de un ciudadano, la de una república célebre y la de todos los imperios.

Me he detenido tambien en este punto para demostrar á los jóvenes que escuchan mis palabras, que la religion y la moral son las columnas mas firmes del estado. Vosotros que sois ahora la esperanza de nuestra pátria, y tal vez un dia los guardadores de nuestras leyes y los depositarios del po-

der, conservad en la memoria que la vida de los hombres pasa como un sueño, si no vá acompañada del saber y de los beneficios. Estudiad los escritos de los sábios y con especialidad los de los cristianos, y ellos os enseñarán que si la religion y la moral son la base de las sociedades, el saber y la inteligencia las dirije con acierto. No olvideis que la corrupcion degrada al hombre y que su influjo y su poder no deben pasar por los pueblos como un meteoro destructor para llevar su maldicion, ni encenagados en el vicio para llevar su desprecio. Tened fija en vuestra alma la idea de la justicia, y despertará en ella la de la virtud, y la virtud el deseo de hacer bien á vuestros semejantes. Así sereis dignos de que os sonria la fortuna; así pasareis á la posteridad llevando las bendiciones de todos los buenos.

He dicho.